

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

IN MEMORIAM
D. LUIS ÁNGEL ROJO DUQUE

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
14 DE JUNIO DE 2011



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas
Plaza de la Villa, 2
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-335-1

Depósito legal: M-32505-2011



Luis Ángel Rojo Duque

ÍNDICE

PALABRAS DE PRESENTACIÓN Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE	7
LUIS ÁNGEL ROJO COMO INTELLECTUAL Y ACADÉMICO Excmo. Sr. D. PEDRO SCHWARTZ GIRÓN	13
MEMORIA PERSONAL Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO	25
LAS DEUDAS CON ÁNGEL ROJO Excmo. Sr. D. JULIO SEGURA SÁNCHEZ	41
EL PROFESOR ROJO, UN ACADÉMICO EJEMPLAR Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES	57

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE

Señores Académicos, señoras y señores:

Nos reunimos hoy en Sesión solemne y pública para evocar la figura de nuestro compañero el Excmo. Sr. D. Luis Ángel Rojo Duque, fallecido el pasado 24 de mayo y queremos en primer lugar reiterar a su viuda, a sus hijos y familiares nuestro más profundo pesar.

Van a intervenir en el acto los Excmos. Sres. D. Pedro Schwartz Girón, D. José Luis García Delgado, D. Julio Segura Sánchez y D. Juan Velarde Fuertes, todos los cuales mantuvieron una especial relación con el Profesor Rojo a lo largo de su vida.

Por mi parte unas brevísimas palabras para recordarle con emoción en los años en que tuve una especial relación con él antes de nuestro reencuentro el año 2001 cuando ingresé en esta Real Academia.

Mi memoria se remonta a 1971 cuando fui nombrado Director de Relaciones Internacionales del Banco de España y el Profesor Rojo era un brillante Director General de Estudios del Banco donde formó un servicio considerado

como el de mayor nivel entre los existentes en España, tanto públicos como privados y uno de los más importantes de Europa.

Ese Servicio contribuyó al mejor conocimiento de la economía española a través del Informe Anual y de los boletines estadístico y económico y proporcionó la base técnica para el desarrollo diario de la política monetaria.

Igualmente contribuyó a la implantación, estructuración y desarrollo de la política monetaria, participó en el proceso de reforma y flexibilización del sistema financiero, además el Profesor Rojo ejerció un importantísimo papel en el asesoramiento tanto de los Gobernadores del Banco emisor como con los Ministros de Hacienda y fue un activo representante de España en numerosas Comisiones internacionales para el estudio de los problemas monetarios. Recuerdo siempre que cuando preparábamos cualquier viaje a Organismos Internacionales ya fuera el Banco Internacional de Pagos, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo la primera pregunta del Gobernador era si venía el Profesor Rojo. Yo aprendí de él cuanto supe de funcionamiento de Banca y quiero en este momento expresar mi sentimiento de gratitud y reconocimiento.

Voy a dar la palabra ahora a los cuatro Académicos que glosarán su personalidad y su obra.

**LUIS ÁNGEL ROJO
COMO INTELLECTUAL Y ACADÉMICO**

Excmo. Sr. D. PEDRO SCHWARTZ GIRÓN

Nos reunimos hoy en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas para recordar la figura de nuestro compañero Luis Ángel Rojo Duque. Nació el Dr. Rojo en 1935 en Madrid, ciudad por la que él sentía un cariño crítico, como se tiene par un miembro irritante de la familia. Le recuerdo asomado a la terraza de mi casa, cuando apenas iniciaba yo mi carrera académica, haber dicho con un suspiro a la vista de la confusión de tejados medio borrosos por la calina: “¡Qué ciudad imposible!” Pero a Madrid dedicó, de la mano de Pérez Galdós, unas páginas entrañables, memorables, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua en 2003.

En el Ministerio de Comercio

Rojo se licenció en Derecho en la Complutense en 1955, y en Ciencias Económicas en 1961. Cuando obtuvo el título en Económicas ya había superado la difícil oposición al cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado, con el número uno. En 1959 pasó a trabajar en el Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio, que dirigía quien luego fue presidente de esta Academia,

Fuentes Quitana. Corrían los tiempos del Plan de Estabilización. Un notable grupo de economistas, apiñados en el Ministerio de Comercio alrededor del ministro Ullastres y en el Banco de España junto a Juan Sardá, apoyaron con sus conocimientos y entusiasmo los cambios que pondrían a España en la senda de la modernización. El joven Rojo era uno de los más notables, por su sólida formación y convicciones. Apoyaba los esfuerzos de los ministros estabilizadores del Gobierno pero no cerraba los ojos ante el carácter del Régimen o los errores del Gobierno. Muestra: cuando se promulgó el Arancel de 1961, recuerdo que le pregunté si era una medida liberalizadora. Me dijo con cierta sorna: “ponen la tarifa justo en el nivel necesario para evitar que las importaciones compitan con los bienes que producimos en España”. Él también pensaba que las reformas de 1959 abrirían la puerta a la democracia en España pero hubo que esperar.

Preparación para la cátedra

En 1961-62 vino a la London School of Economics becado por el Gobierno de EE.UU., donde yo estudiaba a la sazón. A los economistas en el público les sonarán los nombres de los profesores con los que cursó estudios: con Sayers,

teoría de la empresa; con Phillips, modelos keynesianos; Mishan, teoría del Bienestar; y Lipsey, el del famoso texto, la necesidad de contratar empíricamente las teorías económicas. El teórico del dinero y las fluctuaciones económicas, Sir Dennis Robertson, accedió a supervisar sus estudios, aunque como *Fellow* de Trinity College, Cambridge, no residía en Londres. Me acompañaba a las clases de Karl Popper. Recuerdo la admiración que me producía el que a un compañero estudiante de posgrado, le pidieran desde el Ministerio por teléfono informes diarios sobre la marcha de la peseta en los mercados internacionales. Y en su tiempo libre, muchos conciertos, muestra de una afición de toda una vida.

En 1966 obtuvo la cátedra de Teoría Económica de la Complutense. En ella iban a formarse los economistas que luego más han destacado en la democracia española. Antes había publicado los apuntes de sus clases como encargado de cátedra, con el título de *Keynes y el pensamiento macroeconómico actual* (1965). Es un libro premonitorio de su actitud como profesor, siempre dispuesto a ir corrigiendo sus ideas si se convencía de que ya no eran del todo válidas: veía “la economía como ciencia empírica, donde toda hipótesis ha de ser susceptible de contrastación con los hechos de la realidad”. Ya en esa temprana publicación tomaba buena nota de las críticas

de Friedman y Modigliani-Brumberg a la teoría de Keynes de que el consumo depende de la renta corriente. También había superado la visión de Keynes de que la inversión venía gobernada por los “*animal spirits*” de los empresarios. Especialmente completo era el estudio de la demanda de dinero, pues mostraba estar al tanto del monetarismo de Friedman y sus sucesores. Pero en lo fundamental la inspiración seguía siendo keynesiana.

En el Banco de España

En 1971 accedió a la Dirección de Estudios del Banco de España, puesto en el que se mantuvo nada menos que 17 años y que simultaneó con la cátedra de la Complutense, lo que ya no sería posible hoy. Un primer fruto de su labor en ambas instituciones fue el libro *Renta, precios y balanza de pagos* (1974). El efecto entre sus estudiantes fue profundísimo. Antes de llegar a sus manos, los alevines de economista que habían estudiado las abstracciones de don José Castañeda se preguntaban algo miopemente para qué servía la microeconomía. En las clases de Rojo descubrían con fascinación la mecánica de un modelo de economía abierta, de preciso funcionamiento y sobre el que era posible basar una política económica. (Diré de pasada que, en su cariñosa contestación

al Discurso de Ingreso de Rojo en nuestra Academia, Don José Castañeda recordó que los modelos macroeconómicos resistieron peor el embate de las crisis del petróleo de los años 70 que la teoría del precio o microeconomía).

La dirección del Servicio de Estudios le brindó la oportunidad de aplicar ese modelo en la práctica. Hizo que el Servicio de Estudios centrara sus esfuerzos en la construcción de un gran modelo econométrico de base trimestral de la economía española. Incluso se invitó la colaboración del Prof. Modigliani, que había dirigido un modelo semejante para la economía de EE.UU. Para entonces Robert Lucas ya había mostrado que tales modelos eran imposibles. Nota Pablo Martín Aceña, en su *Historia del Servicio de Estudios del Banco de España (1930-2000)*, que “el resultado de esos esfuerzos quedó lejos de las expectativas que había despertado, aunque algunos aspectos pudieron salvarse y fueron utilizados para predecir el comportamiento futuro de algunas variables”.

La parquedad de resultados prácticos le llevo a cambiar los el objetivo de la investigación del Servicio de Estudios, apartándolo de los grandes modelos para concentrar la atención en la política monetaria basada en el control de la liquidez, algo más cercano al monetarismo de lo que

gustaba confesar. El libro publicado con José Pérez, *La política monetaria en España: objetivos e instrumentos* (1977) señaló el nuevo camino que iba a seguir el Banco de España en la dirección del sistema financiero, una política más modestamente ceñida a las capacidades de un banco central y que se vio coronada con el éxito del ingreso de la peseta en el euro.

De 1988-1992 fue Subgobernador del Banco de España y de 1992 a 2000, Gobernador. Desempeñó, como digo, un papel decisivo en la entrada de la peseta en el euro, precisamente en 2000. Su contribución a la estabilidad de nuestro sistema monetario y financiero, resultó ser indispensable para nuestra adhesión a la Unión Monetaria Europea. Además, pudo utilizar la labor del Servicio de Estudios dirigido y supervisado por él a lo largo de tantos años para modificar el sistema de control monetario instituido por el Banco Central Europeo: contribuyó a que el BCE centrara su política de tipos de interés en la evolución de la oferta monetaria.

Sobre las importantes contribuciones de Ángel Rojo a la buena marcha de nuestro país desde la cátedra y el banco emisor, habría que decir mucho más pero dejo a mis compañeros de esta sesión necrológica que completen mis pocos elogios.

En la Academia

El 6 de noviembre de 1984 ingresó Ángel Rojo en nuestra Academia, con un discurso titulado *J. M. Keynes, una conmemoración*. Le contestó, como he dicho, don José Catañeda Chornet, con unas reflexiones sobre la crisis del pensamiento keynesiano. En su discurso, mostró Rojo unas capacidades que hasta entonces eran desconocidas. Si no hubiera sido tan buen economista, podría haberse dedicado a un género poco cultivado en España, la biografía intelectual, dotes de biógrafo que volvió a demostrar en su Discurso de recepción en la Real Academia de la Lengua. En su ingreso de ésta de Morales Políticas supo trazar un vivo retrato del gran personaje que fue John Maynard Keynes, basándose en un detallado conocimiento de las fuentes, fueran éstas los escritos del propio Keynes, fueran los de sus biógrafos y exégetas. Mostró un buen conocimiento del ambiente cultural de Inglaterra durante la primera mitad del s. XX, lo que no está al alcance de muchos españoles, pues en esa época España era aún más diferente de Inglaterra que hoy. La enseñanza de G. E. Moore, la tormentosa amistad con Lytton Strachey, la influencia intelectual de Bertrand Russell, el grupo de los Apóstoles en Cambridge, la *côterie* de los artistas y escritores de Bloomsbury — he aquí un ambiente difícil de esbozar en un breve discurso

de ingreso. Lo consiguió y también supo tratar lo que en el momento de pronunciar su Discurso era un tema delicado: la vida amorosa de Keynes, aventurero homosexual primero, luego feliz esposo de Lydia Lopokova, estrella de los *Ballets russes*. El propio don José Castañeda mostró algún desconcierto cuando se refirió a esta faceta las relaciones “menos espirituales” del economista inglés: estas relaciones habían sido “tanto de ambos colores, como incluyendo los del mismo color”. Añadió don José: “Entendemos que el propio Keynes expresó la mejor calificación cuando, al entrar en la edad madura, contrajo matrimonio con Lydia Lopokova. [...] Esta unión fue mal vista por varios de los componentes del círculo de Bloomsbury, pero no faltó quien afirmara que, por el contrario, constituyó lo mejor que Keynes había hecho en su vida”.

La admiración de Rojo por Keynes no le impidió formular algunas certeras críticas en ese discurso. Lamentó “su tendencia a subordinar el largo plazo al período corto, y, en consecuencia su tentación de subordinar los principios básicos en los que creía, con tal de resolver las dificultades más cercanas”. Se estaba refiriendo Rojo a la frase tristemente famosa de Keynes en el *Tract on Monetary Reform* (1923), “*in the long run, we are all dead*”, “en el largo plazo, todos muertos”. También criticó la idea de Keynes de que era

posible un manejo fino de la coyuntura económica con instrumentos monetarios y fiscales: “las políticas fiscales pretendidamente estabilizadoras pueden conducir a resultados desestabilizadores [...] o distraer la atención de los agentes respecto del verdadero origen de los problemas que padece la economía.” Tengo grabada en la memoria la reflexión que me hizo Ángel cuando le comenté que el Banco de España, sin saberlo y gracias a un tipo de cambio efectivamente flexible, había conseguido que España evitara gran parte de los efectos de la Gran Depresión de 1929. Me dijo: “menos devaluación nos habría empujado a cambiar la estructura”. En su ingreso a nuestra Academia, señaló la misma razón del fallo de esas políticas de *fine tuning* o micro-intervención monetaria: “los agentes económicos aprenden con la experiencia y acaban siendo capaces de anticipar las actuaciones de las autoridades” — una afirmación muy acorde con la teoría de expectativas racionales de Robert Lucas.

En la Academia, contribuyó Rojo desde el 85 hasta justo antes de su muerte 20 disertaciones anuales, de las que hacemos los miembros de esta Corporación por turno. Europa y la UME fueron su tema siete veces. Trató los problemas de la creación del euro, nacidos de defectos de los acuerdos de Maastricht. Examinó las dificultades

para España del camino hacia la moneda única, en especial, las condiciones de estabilidad y convergencia real. A las perturbaciones económicas, incluidas las de la economía española, dedicó al menos otras seis. Siempre tuvieron interés sus opiniones sobre otras economías, como la URSS o México; pero sobre todo me ha resultado interesante lo que dijo sobre Argentina tras el fallo de la *caisse d'émission* del Dr. Cavallo: tenía un instinto infalible para desentrañar los mecanismo monetarios: esas reflexiones sobre las condiciones necesarias de los cambio fijos (un peso = un dólar) las he encontrado especialmente adecuadas para el momento por el que está pasando el euro.

La última vez que vino fue en 2010 y ya estaba tan enfermo que leyó unas breves páginas y declinó contestar nuestras preguntas. Sus amigos y compañeros quedamos acongojados. Hoy expresamos la gran tristeza de haberle perdido para siempre.

MEMORIA PERSONAL

Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO

Haré una evocación muy personal de Luis Ángel Rojo que, intermitentemente pero a lo largo de algo más de cuarenta años, he conocido y tratado. Mi relación no ha sido la de discípulo, ni la de colaborador; no trabajé con él en su Departamento universitario o en el Banco de España, los dos centros en que forjó reputados grupos de trabajo. Otros con mejores credenciales glosarán el quehacer de Ángel Rojo en esos desempeños. Tampoco en esta misma Corporación soy de los que más han participado junto a él en la actividad académica. Mi relación con Ángel Rojo ha sido propiamente de amistad, sin estar mediatizada por ningún otro vínculo. De amistad a partir de encuentros proporcionados por la vida universitaria, aunque prolongados fuera de ella; una amistad que, por mi parte, nunca desconoció el superior plano de Ángel Rojo —y no sólo, desde luego, por los diez años que me llevaba—, pero que he alimentado no sólo con aprecio intelectual, sino también con afecto muy hondo. No fue mi maestro, pero siempre reconocí su magisterio; no trabajé a sus órdenes, pero su *auctoritas* me resultaba indiscutible. Fue esa suerte de amigo que nos hace apuntar hacia arriba, que nos sirve de estímulo en el esfuerzo, llegando incluso a formar parte

en cierto sentido de nuestra conciencia, como yo le dije en varias ocasiones, medio en serio, medio en broma, después de leer en el libro de recuerdos de Simonne Signoret, *La nostalgia ya no es lo que era*, que la conciencia es esas tres o cuatro miradas que están fijadas en nuestra nuca cuando hemos de tomar una decisión comprometida.

Una evocación personal será, pues, lo que ofrezca a continuación.

* * *

Las primeras veces que coincidimos fue en torno de 1970. Tal vez la primera de todas la propició la preparación de un número especial de la revista *Anales de Economía*, de la que yo era en su 3ª época secretario de redacción. Rojo ya gozaba entonces de gran ascendiente entre los jóvenes profesores de economía, como era mi caso: de sus clases —llevaba ya un decenio como profesor en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad hoy Complutense— se hablaba admirativamente tanto por su calidad didáctica como por las novedades que incorporaban —Keynes y el pensamiento macroeconómico entonces más reciente, parafraseando el título de su primer libro—, y se seguía ponderando acá y allá la brillantez de su oposición a cátedra, cuatro años después de realizar los correspondientes

ejercicios. El que Rojo fuera elegido por Salvador Pániker como uno de sus contados interlocutores para la obra *Conversaciones en Madrid*, publicada en 1969 y alcanzando de inmediato gran resonancia, no hizo sino rubricar esa precoz autoridad intelectual que se le atribuía.

La contribución de Rojo a aquél número de *Anales de Economía* fue el artículo “Veblen y el institucionalismo americano”, un magnífico ensayo que condensaba muchas lecturas y a la vez contenía interpretaciones originales. Procedía, sin duda, de su Memoria de cátedra, y revelaba —como los estudios que más tarde dedicaría a Marx y a la economía en el Imperio Alemán— un holgado dominio de la historia del pensamiento y de la historia, a secas, algo fundamental para quien, declarándose “decidido defensor de la economía como una ciencia empírica que trata de someter sus hipótesis y teorías a la confrontación de los hechos”, procurará “siempre enmarcar aquélla con referencia a la historia del pensamiento social, de un lado, y a la historia económica, de otro”. Así lo expresaba con claridad otro trabajo también publicado en 1970, “Método empírico y conocimiento económico” (en el volumen colectivo *Ensayos de filosofía de la ciencia*) y así lo ponía de manifiesto igualmente, por las mismas fechas, un segundo artículo suyo que publicamos en *Anales de Economía*: “La Teoría

General de Keynes después de treinta años”. Pronto se afirmó, en definitiva, en el curso de los años sesenta y primeros setenta, la talla intelectual de Rojo. Yo estaba allí, y por eso puedo atestiguarlo.

* * *

Avanzo ahora un poco en el tiempo compartido, adentrándome en la década de 1970.

Nuestra relación se estrechó con motivo de mi tesis doctoral y de mi primera oposición a cátedra. En ambos pasajes señalados de mi carrera universitaria la cercanía de Ángel Rojo constituyó un incentivo grande. En el doctorado, al enviarme una larga carta autógrafa, felicitándome y animándome a proseguir el estudio de la historia económica y social de la época de la Restauración; y, dos años después, en los días duros del primer intento de conseguir plaza como catedrático numerario, por el gesto singular que supuso acudir a mi casa un domingo de junio de 1974 para interesarse por la calidad —ciertamente no alta, por qué ocultarlo— de la Memoria que defendería al día siguiente sobre “Método, fuentes y programa” de la asignatura en liza. Es cierto que entre uno y otro hecho ya nos habíamos encontrado varias veces, y coincidido en algunas de tantas iniciativas de extensión uni-

versitaria como proliferaban en aquellos años del final del franquismo; pero el interés que fehacientemente me demostró en esos dos momentos, para mí cruciales, fue muy generoso.

Por eso mismo, cuando desde 1976 me encontré como decano al frente de una Facultad recién creada en la Universidad de Oviedo, recurrí a Ángel Rojo para que a través de sesiones de seminarios y conferencias alentara el trabajo del reducido grupo de profesores que allí nos reuníamos. Casi cada curso, hasta 1981, pudimos contar con él, multiplicándose así las oportunidades que yo tenía de prolongar también fuera de las aulas nuestra conversación. La suerte quiso, además, que por entonces compartiéramos algunas horas de ocio durante fechas veraniegas, ya fuera en San Sebastián, en la costa asturiana o en la capital del Alvariño, Cambados, lugares y fechas propicios para la celebración de la amistad. En mi memoria permanece fresco el recuerdo de su vitalidad, de su entusiasmo por la literatura inglesa y norteamericana (“las dos mejores novelas de amor que se han escrito en muchos años”, me decía, son *El gran Gatsby* y *Adiós a las armas*), del detalle con que conocía todo lo concerniente al “Grupo de Bloomsbury” (me recomendó con insistencia *Victorianos eminentes*, de Lytton Strachey, y *La mansión*, de Forster, mientras al alirón desmenuzábamos *Memoria personal*, ese hermoso

libro de Brenan lleno de esquirlas). Coincidir con él al poco de todo ello en un curso con colegas latinoamericanos en la Escuela de Estudios Hispánicos de La Granda (¡que rapapolvo nos echó María Concepção Tavares por distinguir entre paro keynesiano y paro neoclásico) y, también, en un viaje a la ciudad de México, añadió espaciosos tiempos para la conversación y el cruce de referencias sobre pintura, de la que él hablaba con conocimiento y pasión, y sobre literatura y cine (recuerdo sus elogios a *Laura*, la película recién repuesta de Preminger, y *Zelig*, una inhabitual variante de la filmografía de Woody Allen).

Mi paso por la Universidad de Oviedo, en suma y por paradójico que resulte, sirvió para acercarnos más. De ahí que cuando se me presentó la posibilidad de optar a una plaza de catedrático en Madrid, después de un quinquenio en Asturias, pidiera a Ángel Rojo su consejo: fue, me acuerdo, una tarde del final de la primavera de 1980, en la cafetería “Manila”, hoy desaparecida, de la calle Génova, y él no me lo negó, desde luego.

* * *

Doy otro salto temporal para situarme a mitad del decenio de 1980. Ángel Rojo cumplirá entonces cincuenta años (había nacido en 1934).

Momento de plenitud. Así lo recuerdo viéndolo dictar durante una semana, en el mes de agosto de 1983, en el Palacio de la Magdalena, el Curso magistral “Marx y Keynes: dos centenarios”, accediendo al encargo que Santiago Roldán, recién nombrado rector de la UIMP y yo, como vicerrector, le habíamos hecho meses antes. Lo recuerdo pletórico de fuerza, inusualmente jovial, rodeado siempre de estudiantes en las horas no lectivas, y frecuentando al caer la noche los buenos restaurantes santanderinos en compañía de su mujer, Conchita. Las clases las daba sin chaqueta y en camisa de manga corta, las prolongaba durante horas y en ellas, después de una extensa exposición, sostenía un vivo coloquio con el centenar de matriculados, entre los que estaban recientes y antiguos alumnos suyos de la Facultad de Madrid. Días felices, días fructíferos. De ese curso saldrá el ensayo “La crítica de Marx a la Economía Política clásica”, que verá la luz en *Papeles de Economía Española* en el mismo 1983, y el libro *Keynes: su tiempo y el nuestro*, publicado al año siguiente, acaso su libro mejor y, sobre todo, el más querido, entre otras cosas porque la cuidada cubierta está cofirmada por su hija, María Luisa, entonces en los primeros compases de su carrera de pintora. “Para José Luis García Delgado, culpable parcial de este libro, con un abrazo”, reza la dedicatoria que con buena caligrafía consta en el ejemplar que me regaló.

Momento de plenitud. Es entonces cuando es elegido para la Medalla número 10 de esta Real Academia (la “entrada en la tercera edad”, me dijo aparentemente muy serio, con aquel humor cáustico que casi siempre se gastaba), iniciando el discurso de ingreso, el 6 de noviembre de 1984, con unas líneas inmejorables dedicadas a quien le precediera en dicho lugar: el hombre sabio y templado nacido en la villa de Grado, que fue Valentín Andrés Álvarez. De él escribe Rojo lo siguiente, y copio textualmente, pues el biógrafo casi siempre proyecta secretos deseos al elogiar a quién estudia: “era don Valentín Andrés Álvarez un hombre envidiable que se había resistido con éxito a la especialización empobrecedora del saber, a la seriedad vacía que agosta el humor y al trabajo vivido como condena que oscurece la luz de cada día. Fue un maestro de las artes de la vida que se situó más allá de las exigencias y de las ambiciones convencionales, hizo del conocimiento savia (viva) nacida de sus curiosidades múltiples y logró una difícil síntesis en la que el estudio era diversión y el ocio era tiempo enriquecido”, encargándose “de buscar en el vivir diario una fuente serena de felicidad”, y dejándonos, a la postre “un conjunto de trabajos económicos, de pensamiento limpio y pulida prosa”. Bella y emocionante *laudatio*, reveladora también probablemente —lo repito— de anhelos sentidos por quien las escribió.

Momento de plenitud. Es en 1986 cuando se le otorga el primer Premio Rey Juan Carlos de Economía: “el primero para el primero” ironicé yo en un tarjetón que le envié para felicitarle, contestándome él de inmediato con otro de agradecimiento en el que apostillaba “ahora solo falta que me toque la primitiva”.

En el acto de recepción de dicho premio, en diciembre de ese mismo año, 1986, pronunció un discurso muy meditado, apuntando algunos de los más significativos problemas reales, transformaciones ideológicas y convulsiones teóricas vividas por su generación, aprovechando para darnos su concepción del papel del economista, con términos que son bien ilustrativos de su propio quehacer. No me resisto a transcribirlos: el economista —afirma Rojo al comienzo del discurso—

“se ve obligado a recordar continuamente a la sociedad que los Reyes Magos no existen; y ésta es una verdad lamentable que a nadie le gusta oír. El economista se ve en la necesidad de señalar al político las consecuencias no queridas que se seguirán de las decisiones con las que aspira a alcanzar los fines que persigue; y el político, embebido en las grandes opciones de la vida nacional, siente, a veces, que quien así le asesora está poniendo plomo en sus alas. El economista parece disentir, a menudo, de objetivos sociales

que comparte, cuando sólo está discutiendo las vías para alcanzarlos o advirtiendo que los medios propuestos llevarán a resultados contrarios a los pretendidos. Todo esto es incómodo, poco agradable y, en ocasiones, triste, como decía Carlyle. Permítaseme, por tanto, que, ajeno a cualquier espíritu gremial, porque la Economía se forjó frente a los gremios, dé la bienvenida a la institución de premio tan importante y alentador en nombre de mis colegas españoles e iberoamericanos”. Remachando todo ello al terminar sus palabras con este otro párrafo elocuente: “La eficacia económica es un valor incómodo; otros valores le ganarán siempre la mano en atractivo y en capacidad para generar adhesiones. Y, sin embargo, el criterio económico es condición indispensable para que la realización de otros valores pueda progresar de modo duradero. El problema de las sociedades consistirá siempre en encontrar transacciones adecuadas entre unos y otros valores; y al economista corresponde la tarea de defender la racionalidad económica en esas transacciones, ante un mundo que desearía poder olvidarse de la escasez de los recursos. Una tarea un tanto triste...”.

Momento de plenitud. Se siente maestro de economistas y habla como tal. No tardando mucho, además, será nombrado subgobernador del Banco de España y, cuatro años más tarde,

gobernador, culminando así una trayectoria en el banco emisor iniciada tres décadas antes. Magisterio y, a la vez, poder: Luis Ángel Rojo ha sido el economista español más respetado e influyente de su tiempo, he escrito en otro lugar y lo repito aquí. Con la suerte de conocer en vida el halago que proporcionan distinciones y homenajes, sumando premios y doctorados *honoris causa*, obras a él dedicadas y plurales convocatorias para mostrarle aprecio generalizado. Yo mismo, durante mi rectorado de la UIMP, pude entregarle la Medalla de Honor de esa Universidad en septiembre de 1999, no sin antes acometer la tarea de convencerle de que aceptara tal distinción en una de aquellas tardes en que, visitándolo en su despacho de gobernador, hablábamos de la situación económica para pasar enseguida a ponderar la excelencia del libro de *Memorias* de Raymond Aron o la brillantez de la biografía de Freud escrita por Peter Gay.

Su elección como académico de número de la Real Academia Española en 2002 fue en cierto modo el colofón de ese amplísimo reconocimiento. Un colofón que le devolvió ilusión, como es lógico. Preparó despacio y con esmero, posiblemente cuando sus fuerzas ya comenzaban a decaer, el discurso de ingreso sobre la sociedad madrileña en la obra de Galdós, leyéndolo en el acto de recepción pública el 1 de junio de 2003,

con un salón repleto, alta la presencia de autoridades y representantes del mundo financiero y empresarial, muy alta la concurrencia de discípulos y amigos. En el mismo salón que, ocho años después, el pasado 13 de febrero en la sesión de ingreso de Inés Fernández-Ordoñez, yo le abrazaría por última vez.

* * *

Termino ya. Por fecha de nacimiento (6 de mayo de 1934, ya se ha repetido), Ángel Rojo pertenecía a un escalón intermedio entre los economistas nacidos en los años veinte (Barea, Estapé, Fuentes Quintana, Varela, Velarde, Sánchez Asiaín) y los que llegarán después de la guerra civil, bastantes de los cuales tendrán ya ocasión de reconocerse discípulos suyos, siendo algunos, a su vez, maestros de sucesivas promociones de economistas. Por vivencias juveniles y por el clima social y cultural en que se formó, se le puede considerar, en todo caso, integrante de la “generación del 50”, de tan destacado relieve en muchos campos de la creación cultural, desde la narrativa o la poesía a la pintura o la arquitectura, y también en diversas áreas de la investigación científica. Rojo ha sido el gran economista de esa generación, la que con no poco coraje dejó de mirar atrás, en muchos casos tan obsesiva como estérilmente, para abrirse y abrir al país a las

oportunidades que traía un nuevo tiempo, con cambios profundos y acelerados en todos los ámbitos.

Descanse en paz. Hay que hacerse a la idea: esto es la vida: un destello de luz entre dos largas oscuridades.

Muchas gracias

LAS DEUDAS CON ÁNGEL ROJO
Excmo. Sr. D. JULIO SEGURA SÁNCHEZ

Excelentísimos señores, señoras y señores,
Conchita, Luis, Fernando, María Luisa,

Trataré de que el afecto y la emoción no me traicionen, algo difícil para mí en una situación como esta, para no caer en un panegírico con mucho calificativo y poco sustantivo que Ángel Rojo habría despreciado y a nadie razonable convencería. Trataré tan solo de argumentar que existen dos deudas impagables del país con Ángel Rojo: la de todos los economistas españoles con el profesor universitario y la de todo el país con el servidor público. También una tercera, irrelevante pero personalmente decisiva, la mía.

Tuve la fortuna de conocer a Ángel Rojo en 1962 cuando impartió su primer curso de macroeconomía en el caserón de San Bernardo, recién llegado de la London School of Economics. En aquella época era uno de los escasos profesores que enseñaba lo mismo que en las universidades extranjeras más prestigiosas. Y, por primera vez, el alumno descubría que la teoría macroeconómica tenía que ver con el mundo real, con problemas de renta, desempleo, precios, crecimiento; y que estos problemas solo podían tratarse en un

marco analítico riguroso y con un aceptable grado de formalización.

Ángel fue quien introdujo y asentó el pensamiento keynesiano en España, tanto en sus clases de licenciatura como en un seminario para alumnos avanzados a cuya primera edición tuve el privilegio de asistir, seminario que dio origen a su primer libro: *Keynes y el pensamiento macroeconómico actual*. Pero también fue el introductor del monetarismo, es decir, de toda la macroeconomía moderna de la época.

También fomentó la lectura de Popper y el debate sobre metodología en la economía, sobre su estatus epistemológico, la polémica Friedman-Samuelson, etc. Y también transmitió a sus alumnos de doctorado, aparte de una profunda visión crítica de la historia de la política monetaria, un análisis riguroso de la teoría del valor en Marx, del institucionalismo americano (Veblen) y de la escuela histórica alemana (Schmoller). En contra de la opinión simplista de que era un keynesiano convencido, sus raíces eran mucho más extendidas e incluían, como puede verse, ortodoxos y heterodoxos.

En su faceta docente Rojo era un profesor excepcional: sus clases eran lecciones magistrales muy articuladas que provocaban la reflexión

posterior del oyente o su parálisis mental. Me temo que el nivel de Ángel como profesor superaba con mucho al de sus mejores alumnos como discípulos, de forma que la tasa de supervivencia de éstos era modesta, aunque quien lograba superar el escollo había adquirido unas sólidas bases de análisis macroeconómico que le permitían dar el salto a universidades anglosajonas de primera línea para cursar estudios de posgrado sin sufrir en la comparación con los alumnos autóctonos.

Pero incluso muchos de sus mejores alumnos mostraban una dependencia tal de su opinión que tardaron años, algunos incluso décadas, en superar el temor a publicar algo por si no pasaba el filtro, que suponían sin motivo insuperable, de su maestro.

Ángel Rojo también participó activamente, entre 1962 y 1971 en proyectos de innovación pedagógica y en el intento de modernizar el plan de estudios de las facultades de economía.

En el campo de la innovación pedagógica, Ángel logró que se aplicara por vez primera una política selectiva, basada en la calidad, en la admisión de alumnos de la promoción que comenzó sus estudios el curso 1969-70, lo que permitió una matrícula inicial de 500 alumnos en

vez de los más de 800 usuales, de los que pasaron a segundo 200. Ángel y yo les dimos introducción a la economía y macro y microeconomía respectivamente en segundo curso. Se puso en marcha un sistema de tutorías semanales en grupos de 10 alumnos en que se comentaban lecturas de artículos incluso en casa de los profesores. La promoción cuenta entre sus miembros ocho catedráticos de universidad, los actuales subgobernador y director de estudios del Banco de España, entre un largo elenco de distinguidos profesionales. Ni que decir tiene que un experimento tan sensato y basado en el mérito fue abortado para el curso siguiente.

También en su faceta de profesor universitario Ángel puso en marcha, junto con Enrique Fuentes y Manuel Varela que yo recuerde, en el curso 1965-66 un doctorado —de los que ahora se llamarían de calidad— en el que los alumnos leíamos libros y artículos seleccionados de historia y política monetaria, economía pública y economía internacional, los exponíamos y realizábamos ensayos que eran comentados y criticados por los profesores. Por allí pasaron los alumnos más destacados de las promociones de 1965, 1966 y 1967 no solo de Madrid. El doctorado duró dos o tres ediciones: la calidad de la oferta era tan alta en relación a la demanda potencial que no hubo posible equilibrio.

En el campo de los planes de estudio, la última aportación desde la Facultad de Ángel Rojo fue su pertenencia a una comisión nombrada por la Junta de Facultad para generar las directrices de un nuevo plan que se adaptase a los nuevos tiempos. Nada original, nos basamos en los planes de estudio de las universidades extranjeras más prestigiosas: cuatro o cinco asignaturas por curso en vez de siete, lo que permitiría un tipo de enseñanza más basada en el esfuerzo personal del alumno y su apoyo tutorial directo, acompañado de cierta optatividad que permitiera sobrevivir a materias inexistentes en las universidades de referencia en el mundo. La propuesta fue aprobada por unanimidad y se nos encargó que la plasmáramos en un plan de estudios.

Quienes aprobaron la propuesta no debieron darse cuenta de que frente a las 30 asignaturas del plan antiguo el nuevo sólo incluía 20 o 25, de forma que había que eliminar la obligatoriedad de varias materias y nadie quería que su asignatura fuera optativa. Conclusión: el plan nuevo cosechó un rechazo tan unánime y entusiasta como había concitado la aprobación de sus principios un mes antes, y como resultaba imposible convertir 30 en 20 se siguió con el plan antiguo. Aquí se produjo el fin de la participación de Ángel en temas de planes de estudio.

No es difícil concluir de esta telegráfica descripción de algunas de las aportaciones de Ángel Rojo en su faceta de profesor universitario dos características de la misma. La primera, coronada por el éxito y enormemente positiva, la modernización de los estudios de macroeconomía en España y la formación de dos décadas de promociones de estudiantes de economía cuya primera decila era de calidad homologable en teoría macroeconómica a la de las mejores universidades anglosajonas. La segunda característica, sus continuados esfuerzos por mejorar el diseño y métodos docentes de los estudios universitarios de economía, racionalizando los criterios de acceso a la facultad y fomentando el trabajo autónomo de los alumnos, todo ello en la década de los 60 del pasado siglo. Esta segunda faceta de su actividad chocó con frecuencia con el *establishment* académico y no pudo culminar sus proyectos: el experimento descrito de la promoción que inició sus estudios en 1969 duró un año, el innovador doctorado dos o tres, la modificación del plan de estudios no llegó a nacer. Siempre que se trató de temas que afectaban al reparto de poder universitario en el sentido más ruin del término, muchos de quienes se deshacían en elogios públicos sobre el profesor Rojo se ocuparon de que sus ideas e iniciativas abortaran: mejor la mediocridad generalizada que la competencia por la calidad.

Y esto, aparte otras valoraciones, demuestra la tremenda influencia de Ángel, porque su actividad universitaria más intensa se concentró en una década escasa, entre el curso 1962-63 y su incorporación al Banco de España en 1972. Su docencia se prolongó solo hasta 1984, año en que la aplicación de la ley de incompatibilidades le obligó a abandonar la Universidad, pero su influencia sigue estando presente en la profesión y los profesionales de la economía hoy día, tres décadas más tarde. Baste recordar que su libro *Renta, precios y balanza de pagos* ha sido el texto de referencia de macroeconomía en España durante muchos años o que su artículo “Desempleo y factores reales” de 1981 sigue siendo la mejor lectura para entender las crisis de la década de los años 70 del s. XX.

Pero tuvo que abandonar la Universidad. Curiosa ley de incompatibilidades que impedía impartir clases, incluso a título gratuito, a un Director de Estudios del Banco de España, con el argumento de que se trataba de una institución pública, pero no afectaba al presidente de un banco privado.

Señalar, por último, el continuo incentivo y apoyo que Rojo prestó a sus alumnos con inquietudes académicas facilitando su salida al extranjero para cursar estudios de posgrado e iniciarse

en la investigación en prestigiosas universidades del mundo anglosajón de la época como Essex, la London School of Economics o la Universidad de Minnesota.

En resumen, como profesor, todos sus alumnos tenemos una deuda impagable con el profesor Rojo, un docente riguroso, estricto y exigente, que fue el último de los maestros, en el sentido clásico del término, de la Facultad de economía de la Universidad Complutense. Y todos los economistas tenemos otra deuda, porque fue un factor decisivo en el aumento de los niveles de conocimiento e investigación del análisis macroeconómico en España, hasta situarlos en términos homologables internacionalmente.

Pero esto, con ser mucho, no es mas que una parte de la historia como economista de Ángel Rojo.

Como es bien sabido Ángel fue Técnico Comercial del Estado y participó activamente en las primeras operaciones de modernización de la economía española desde la Secretaría General Técnica del Ministerio de Comercio y, en particular, en el Plan de Estabilización. Pero su aportación fundamental como servidor público se centra en sus casi tres décadas en el Banco de España, donde entró en 1972 como Director de Estudios,

pasando a ocupar el puesto de Subgobernador en 1990 y, finalmente, el de Gobernador desde 1994 hasta 2000, estrenando así la aplicación de la Ley de Autonomía del Banco de España y siendo partícipe directo del Instituto Monetario Europeo —del que fue vicepresidente— del inicio del Banco Central Europeo y, por tanto, de la creación y consolidación de la Europa del euro.

Cuando Rojo aterrizó en el Banco de España, la institución se encontraba lejos de lo que era un banco central en las economías avanzadas y la política monetaria no pasaba de ser una burda suma de intervenciones cuantitativas muy alejada de una política de estabilidad eficiente.

La primera tarea de Ángel en el Banco fue preparar el Servicio de Estudios para poder acometer la tarea que le esperaba al Banco en un país más abierto y liberalizado. Frente a la política monetaria dependiente del gobierno con el objetivo prioritario de financiar los déficits públicos, Rojo inició un viraje, en línea con planteamientos más avanzados, tendiendo a tomar como elemento fundamental de orientación de la política monetaria la inflación y alertando de los peligros de una confianza desmedida sobre el grado de eficacia de una política monetaria discrecional y dependiente.

Orientó parte sustantiva del servicio de estudios hacia estos temas y hacia el diseño de un esquema de política monetaria, el análisis de los canales de transmisión de la misma, etc. iniciando en España el camino de la estimación de macromodelos multiecuacionales como base para la predicción y el análisis de posibles resultados de medidas de política económica. Y fue consciente de que todo esto requería dos mejoras. Por una parte, la mejora del capital humano. Por otra, esencial también, la mejora de la información estadística.

Consiguió que, en buena medida atraídos por su prestigio y el giro que estaba imprimiendo al Servicio de Estudios, se fueran incorporando progresivamente al banco una parte de los jóvenes profesionales mejor formados del país, creando lo que ha sido desde entonces el equipo español de investigación económica más numeroso y cualificado. Y dedicó una parte relevante de sus recursos a reforzar la base de análisis estadístico del Banco, consciente de que, sin una información fiable y disponible con rapidez, resultaba inútil cualquier esfuerzo analítico y de diseño de política monetaria.

Por último, destacar que Ángel Rojo fue el gobernador que aplicó la Ley de Autonomía del Banco de España a partir de su promulgación en

1994, lo que implicó dos cambios substanciales. El primero, la definición de objetivos e instrumentación de la política monetaria de forma autónoma por parte del banco; el segundo, el ejercicio real de esta independencia, a lo que ayudó el blindaje que supusieron las exigencias del IME en cuanto a aspectos del diseño institucional del banco. Y también fue el gobernador que a finales del siglo pasado se percató de los problemas que la inversión inmobiliaria podía suponer para la solvencia futura de las entidades de crédito e instrumentó una nueva provisión contracíclica gracias a la cual el sistema financiero español soportó mejor que el de muchos países occidentales las etapas iniciales de la crisis financiera.

En su mandato como gobernador, instrumentó una política monetaria inicialmente restrictiva y compensadora de la excesiva laxitud de la política presupuestaria y, posteriormente, a medida que avanzaba el proceso de consolidación presupuestaria, una progresiva aproximación a los tipos de interés exigidos por el tratado de Maastricht. Esta política, fue, sin lugar a dudas, un factor decisivo del éxito que supuso la incorporación de España al club de fundadores del euro. De nuevo Rojo, como en la primera gran operación de apertura de 1959, ahora como protagonista muy destacado de la última gran operación. Entre medias cuatro décadas de servicios al país.

Se tiene la idea de que el Banco de España ha sido desde sus orígenes una institución de gran prestigio, pero esto no es exacto. Basta pasearse por sus galerías de retratos y ver el tiempo medio de duración de sus gobernadores, sus filiaciones y profesiones, para comprobar que se trata de una institución sometida a avatares políticos y escasa independencia hasta fechas recientes. El prestigio del servicio de estudios comenzó a cimentarse tímidamente con Sardá, pero se consolidó definitivamente en las casi dos décadas de Rojo como director. Y el prestigio internacional del banco —con el IME y posteriormente el BCE— así como la independencia de criterio y el respeto de los supervisados se debe, fundamentalmente, a Rojo que, conviene recordar, llegó a gobernador en una situación muy delicada del banco.

Me parece de justicia señalar, por último, dos iniciativas de gran calado que se sitúan en la intersección entre la faceta académica y la de banquero central de Ángel Rojo.

La primera y principal, en 1988 el Banco de España creó el Centro de Estudios Monetarios y Financieros (CEMFI), una institución diseñada inicialmente para proporcionar formación de posgrado en economía y métodos cuantitativos a recién licenciados brillantes que nutrieran el

servicio de estudios del banco o que desearan seguir una carrera académica. Al cabo de pocos años, la calidad de la enseñanza y su reconocimiento interno e internacional condujo a que dos tercios de los alumnos siguieran carrera profesional en el sector privado y el otro tercio se repartiera entre la administración pública y la investigación. En estos momentos, el CEMFI es, sin lugar a dudas, el centro de docencia e investigación de posgrado más prestigioso del país, ampliamente reconocido en el extranjero y cuyos más de 450 exalumnos han elevado considerablemente la calidad de la profesión. El proyecto fue de Ángel Rojo y, a lo largo de sus primeros doce años, fue su elemento catalizador primero en el proceso de consolidación y, posteriormente, de expansión.

Además, hace ahora 25 años promovió la constitución de la Fundación de Estudios de Economía Aplicada (FEDEA) de patrocinio mixto; un centro de investigación de calidad muy apreciable que, en fechas recientes, ha comenzado a jugar un papel destacado como *think tank* económico, elevando el nivel del debate económico en nuestro país a través de sus propuestas de reformas estructurales.

En resumen, el país tiene una gran deuda con Rojo por haber luchado contra el arbitraje y la

intuición, en favor de una política económica fundamentada en el conocimiento más preciso de la economía y de los mecanismos de transmisión. Por haber logrado hacer del Banco de España una institución enormemente prestigiosa y competente. Por ser el artífice de la modernización de los estudios de macroeconomía. Por haber fomentado la formación de docenas de alumnos aventajados que hoy ocupan puestos de alta responsabilidad en la administración económica y el sector privado. Por haber ayudado a elevar la calidad de la investigación hasta niveles homologables con los de los países más avanzados de nuestro entorno.

Quien ahora les habla tiene también una deuda impagable: mi vida académica y profesional no es comprensible sin lo que Ángel supuso, sucesivamente, como profesor, mentor, amigo y compañero. Pero esta es una deuda privada que solo me concierne a mí. Tengo la amarga sensación de no haber sido lo suficientemente explícito sobre mi agradecimiento en vida, pero tengo la esperanza de que, de todas formas, él lo supiera.

Nada más y muchas gracias por su atención.

**EL PROFESOR ROJO,
UN ACADÉMICO EJEMPLAR**

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES

El lema del profesor Rojo quedó bien claro en el final de su conferencia, “El pensamiento macroeconómico en cinco décadas” pronunciada el 21 de marzo de 1994 en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid, con motivo de su L aniversario. Jugando con una frase de un Samuelson fascinado por Keynes, como le ocurrió a Rojo no sólo en su primera etapa, sino, lógicamente, siempre, señaló ese día: “Lo afortunado es, simplemente, ser joven y tener tiempo por delante para estudiar economía, si a uno le divierte, o estar a tiempo para dejarla, si a uno no le interesa”.

Nacido en 1934, a Rojo le interesó la economía con intensidad suma tras licenciarse en Derecho, asomarse a ella para opositar —brillantemente obtuvo el nº 1—, al cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado, e incluso porque al hacerlo, dejaba a un lado una posible brillante carrera literaria, que inició con su llegada como finalista al entonces famoso Premio Sésamo. Por supuesto que esto último seguro que le hizo más fácil su entrada en la Real Academia Española, por cierto con un estupendo estudio de aspectos económicos españoles contemplados a través de

Galdós. Pero al observar ahora toda su vida, es evidente que el tirón de la economía se convirtió en lo preponderante en él, y eso se muestra en su impacto colosal en dos ámbitos.

El primero, se inicia con una doble fuente inicial de conocimientos. Por supuesto en 1961 había de lograr una beca para convertirse en un estudioso en ese ámbito extraordinario que es la London School of Economics. Pero además había alcanzado su doctorado en Ciencias Económicas en la Universidad Complutense con una tesis dirigida por el profesor Castañeda: “Un examen crítico de la denominada hipótesis Heckscher-Ohlin”. Con tan espléndida base, inició una brillantísima carrera docente. A partir de 1959, sucesivamente con los profesores Castañeda y Sardá, se preocupó de cuestiones de macroeconomía, teoría monetaria y economía internacional. En 1964 pasó a ser profesor adjunto de Teoría Económica y el interés con que sus alumnos seguían sus clases, no es para contado. En 1966 se convirtió en catedrático de Teoría Económica de la Universidad Complutense de Madrid. Su papel, entonces, fue el de defender, a partir de su libro, “Keynes y el pensamiento macroeconómico actual” (Tecnos, 1965), el pensamiento macroeconómico derivado del keynesianismo. Por supuesto que, como toda una generación muy amplia de grandes economistas, evolucionó y

revisó su pensamiento. Un párrafo central de su ensayo, publicado en 1984 y titulado “Keynes, su tiempo y el nuestro” es éste: “El autor, como casi todos los de su generación, se educó en una firme ortodoxia keynesiana, en la que estuvo instalado mucho tiempo; pero ha procurado no ignorar las críticas a esa ortodoxia, ni cerrar los ojos a la erosión que iba produciendo en ella la experiencia acumulada”. Recuerdo el momento en que Enrique Fuentes Quintana, en el Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio, agitaba ante un pequeño grupo, en el que estaba también Rojo, un ejemplar de “The American Economic Review”, el de marzo de 1968, mientras nos decía: “Leed este artículo de Friedman. Los que todavía sois keynesianos debéis subrayarlo”. Se tradujo de inmediato en “Información Comercial Española” donde convivían Fuentes y Rojo. Así comenzamos a conocer toda esta crítica a Keynes a partir del número de esta revista de enero de 1969. Quizás ahí está, a mi juicio, la raíz inicial del trabajo que publicaría en colaboración con José Pérez, en 1977, “La política monetaria en España: Objetivos e instrumentos”. Creo que es difícil que hayan existido en España dos mejores conocedores de Keynes que Rojo y quien precisamente fue su alumno, el profesor Antonio Torrero.

Una de las realidades del profesor Rojo fue su extraordinaria cultura, que hizo posible que

se asomase, desde la economía, a ámbitos que no eran únicamente de la economía. Voy a exponer un ejemplo bien patente, referido a algo que parece consustancial con una obligada advertencia a lo que podríamos denominar marxismo vulgar. Me refiero a la interpretación económica de la historia. Creo que se expone con claridad esto en su análisis de la figura de Marx, publicado primero en *Papeles de Economía Española*, en enero de 1984, en el número dedicado a la celebración del triple centenario por supuesto respecto a efemérides diferentes de Marx, de Schumpeter y de Keynes. Después, en colaboración con Víctor Pérez Díaz, se publicó en la colección “El Libro de Bolsillo” de Alianza Editorial. Lo encabezaba esta frase: “Es probable que la contribución principal de Marx a la civilización moderna consista menos en sus aportaciones positivas que en el estímulo para su reforma y su revolución permanente. Podemos imaginar que sin ese estímulo la historia de la ciencia económica y social hubiera sido mucho menos interesante, como probablemente la historia de las sociedades liberales y capitalistas hubiera sido mucho menos justa”.

Esto, de alguna manera, pasa a quedar vinculado con esta exposición, que más de una vez he recogido al considerarla perfecta: “Si el hombre no puede ser disociado de su inserción social, las realidades resultantes de la interacción humana

no podrán explicarse a partir del hombre considerado en aislamiento. Tal es la raíz de las críticas que Marx dirige contra las «robinsonadas» de los economistas. Estos pretenden, con frecuencia, desvelar las leyes del orden económico a partir de la psicología y el comportamiento del *homo economicus* representativo de la naturaleza humana... Presentar ese hombre históricamente configurado como expresión de la naturaleza humana para desvelar las leyes económicas a partir de la psicología que inspira su comportamiento, equivale, para Marx, a intentar deducir como naturales e intemporales unas leyes condicionadas a una fase social histórica y pasajera: contemplar ese hombre en aislamiento, sin prestar atención a las relaciones sociales en que se inserta y que le explican en su presentación histórica, equivale a renunciar a comprender el significado y el conocimiento profundo de la sociedad capitalista”. Esto que acabo de decir, y que recoge Rojo evidentemente de la obra de Marx *Introducción general a la crítica de la Economía Política*, es una aportación marxiana que es preciso subrayar e incluso destacar, lo que no quiere decir y recojo el planteamiento también de Rojo, sobre si de ahí se debe derivar lo que hizo Engels, de dar prioridad a la interpretación materialista de la historia. Subrayo esto porque sencillamente lo que se puede leer en Marx es una simple “llamada de atención a la importancia

social de los factores económicos”, y esto solamente es lo que se puede derivar de “la ambigüedad con que está tratado el tema en la obra de Marx”.

La culminación de muchos de estos planteamientos de Rojo, se encuentran en sus aportaciones en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que había ingresado en 1984, en la medalla 10, que había pertenecido a otro gran economista, Valentín Andrés Álvarez. Su última disertación, colocada bajo el polémico título, cosa que a Rojo le entusiasmaba, de “Indicios de recuperación”, se escuchó en ella el 19 de enero de 2010. Todos quedamos impresionados —ya se encontraba muy enfermo— por el esfuerzo que hizo aquel día para darnos sus últimas y valiosas impresiones sobre la evolución de nuestra crisis.

Pero no se puede ignorar el segundo gran ámbito de su vida profesional: haberse convertido en un gran servidor público. Su ingreso en el Ministerio de Comercio tuvo lugar en 1957. De inmediato, bajo la dirección de Manuel Varela y de Fuentes Quintana, participó activamente en mil aspectos relacionados con la preparación del Plan de Estabilización de 1959. ¡Y lo bien que explicaba cómo se había gestado ese cambio radical en la economía española! Y a partir de ahí, pasó, con Sardá, al Servicio de Estudios del

Banco de España, del que se convirtió en Director General en 1971. Desde entonces hasta 1988 lo transformó en un lugar de investigación de la economía, al servicio del conocimiento de la española, realmente impar.

En realidad, en ese Servicio de Estudios, en buena parte en relación con su cátedra universitaria, se creó una auténtica escuela del profesor Rojo, entre otras cosas, porque él era un escolarca ejemplar. Todo lo que inmediatamente sigue procede del excelente trabajo de Pablo Martín Aceña, “Los estudios de macroeconomía en España: Las enseñanzas del profesor Rojo”, aparecido en el volumen “La consolidación académica de la economía”, de esa obra colosal de Fuentes Quintana, “Economía y economistas españoles”: “La singularidad de algunas personas que gozan del carisma para rodearse de colaboradores competentes marcan las instituciones, dejando en ellas una huella que, sin su presencia, no existiría. A diferencia de sus antecesores en la dirección de la unidad, Olegario Fernández Baños, Germán Bernácer, Mariano Sebastián Herrador, Juan Sardá, Ángel Madroñero, el profesor Rojo forjó un Servicio de Estudios en el que dejó reflejadas sus preferencias analíticas, su personalidad de académico y profesor universitario y su modo de entender la misión de un banco central”.

De esta forma, como señala Martín Aceña, este Servicio de Estudios se convirtió en “una verdadera oficina de asesoramiento e investigación” que transformó radicalmente al Banco de España. Puso así en acción políticas estabilizadoras de la demanda, y todo ello sin abandonar los estudios básicos de economía —desde los econométricos a los de historia económica— y sin perjuicio de un asesoramiento continuo a los dirigentes de la política económica española.

En 1988 pasó a ser Subgobernador del Banco de España, y desde 1993 a 2000, fue el Gobernador que, por ejemplo, tuvo que lidiar con el problema de reorganizar la Banca española tras la tremenda crisis que la había zarandeado desde 1977 hasta 1993. También de cuidar la peseta dentro de los crujidos del Sistema Monetario Europeo y, finalmente, de atender su marcha hasta disolverse en 1999 en el euro. España mucho le debe tras estos trabajos que transcurren de 1957 al año 2000, en que deja el puesto de Gobernador.

Para comprender qué ambiente le correspondió en esta etapa, voy a transcribir unos párrafos de su discurso, al recibir el doctorado “honoris causa” por la Universidad de Alcalá de Henares el día 10 de mayo de 1995, que a mi juicio conservan una impresionante actualidad.

En primer lugar señaló cómo se había observado ya entonces “la adopción acelerada de una larga serie de innovaciones introducidas por los intermediarios financieros para captar los beneficios prometidos por las reducciones de costes y por la mejor adaptación a las preferencias de los ofertantes y los demandantes de ahorros.... Las innovaciones financieras se han apoyado, en primer lugar, en los rápidos avances tecnológicos para el tratamiento de la información y las comunicaciones... La creación de nuevos productos ha permitido ampliar la gama de instrumentos y activos financieros disponibles, muchos de los cuales —especialmente los llamados “productos derivados”, como los futuros y las opciones— tratan de ofrecer al público la posibilidad de cubrirse frente a los riesgos resultantes de la volatilidad de los tipos de interés y los tipos de cambio... Las autoridades, por su parte, han suprimido, o reducido, los controles sobre los tipos de interés y los coeficientes obligatorios que pesaban sobre los intermediarios financieros; han revisado con criterios liberales, las restricciones a la utilización de nuevos instrumentos financieros; han estimulado el desarrollo de los mercados monetarios; han alentado la creación de nuevos mercados como los de futuros y opciones y se han esforzado por convertir las Bolsas de Valores en mercados más modernos, tecnificados y capitalizados... Los gobiernos han generado,

además innovaciones propias en la medida que la necesidad de financiar los déficit públicos les ha llevado a ampliar la gama de activos emitidos y a mejorar el funcionamiento de los mercados donde se negocian estos activos, lo cual ha suscitado, a su vez, reacciones innovadoras del sector privado, dispuesto a competir por el ahorro disponible”. Por ello, agregaba: “Las instituciones tradicionales de inversión y préstamo están perdiendo así terreno frente a esas nuevas inversiones de ámbito mundial cuyas decisiones están en manos de los que Henry Kaufman ha denominado «gestores de alto octanaje», que diversifican sus riesgos en una amplia gama de activos financieros a través de las fronteras y que entran en, y salen de monedas, bienes, acciones e instrumentos derivados con una visión a muy corto plazo”.

Pero ante ello, y queda claro la actualidad de este planteamiento, he aquí la postura de Rojo, que, a mi juicio, no se ha colocado, con injusticia, al lado de los que, desde Tobin en adelante, advirtieron a tiempo de que esos planteamientos llevaban precisamente a un fracaso inexorable. Señaló en esa intervención de 1995: “Es preciso tener en cuenta que ese proceso conlleva serios riesgos”, porque “esos mercados desregulados y complejos plantean problemas de estabilidad y la estabilidad financiera es un valor que, como ha

recordado Lamfalussy, debe protegerse aún al precio de alguna ineficiencia”. Esto, entre otras cosas porque “un sistema más complejo, libre y competitivo es, también, en efecto, un sistema más vulnerable”.

Conjuntó, pues, Luis Ángel Rojo, docencia, investigación, creación de un haz de economistas fundamentales para la marcha de nuestra economía —me basta con mencionar a Julio Segura, a Antonio Torrero, a Carlos Sebastián— y servicio público. Como señala José Pérez en un texto recogido por ese gran biógrafo de Rojo que, repito, es Pablo Martín Aceña, gracias a esa confluencia fue posible que ganasen los que apostaban “por una política monetaria combativa contra la inflación y los desequilibrios”. Bajo su dirección se construyó un esquema de intervención, que se probó que funcionaba. Y después se lanzó “a una segunda batalla, en torno a una idea-fuerza: la reforma del sistema financiero y la mejora del funcionamiento de los mercados”. Y en todo eso salió victorioso. Por eso, en esta Real Academia, donde tantas aportaciones ha efectuado, lo estamos ya echando mucho de menos.